

Lo peor que nos puede pasar es que la próxima campaña electoral se acabe convirtiendo en un rifirrafe de insultos y peleas fundamentalistas sobre el ser o no ser de nuestro país y sobre la bondad o la maldad de nuestras identidades colectivas. Que a estas alturas nos desgañemos sobre la españolidad o la antiespañolidad, metiendo incluso a las Fuerzas Armadas en el lío y convirtiendo la Constitución en una especie de sudario immaculado, sagrado e intocable, que haga de "detente, bala", frente a los envites del enemigo interno o, al revés, en un trozo de papel inmundo que hay que quemar en la hoguera del centralismo, es llevarnos a mil millones de kilómetros de distancia de los problemas y las aspiraciones reales de la inmensa mayoría de los ciudadanos y las ciudadanas de este país.

Pero ahí estamos. O, más exactamente, ahí está el PP, intentando llevar a todos los rincones de España un mensaje elemental cuyos términos son, más o menos, los siguientes: "Nuestro partido está dispuesto a defender en solitario la unidad y el ser de una España gloriosa amenazada de muerte por todos los demás partidos y grupos políticos, unos mediante la violencia, otros mediante la desidia y la descomposición". Todo complementado con una visión oscura del pasado, que ha llevado incluso al ministro Piqué a repudiar en público, con golpes en el pecho, su terrible pasado de antifranquista en las filas del histórico PSUC para demostrar a sus colegas de ahora que por fin ha encontrado la recta vía de la españolidad de siempre.

En definitiva, se trata de llevar a toda España la estrategia de bipolarización que el PP ha puesto en marcha en Euskadi, que ha

ensayado ya en Ceuta y Melilla y ha seguido ensayando con homeajes a una Constitución que muchos de sus dirigentes cuestionaron o repudiaron hace veinte años —empezando por el propio presidente del Gobierno, José M. Aznar— y con proclamas de fidelidad a figuras históricas, como un Ortega y Gasset fuera de contexto, que, sin duda, seguirán sacando impunemente de sus mausoleos.

Naturalmente, en una sociedad democrática todos tienen derecho a expresar sus opiniones. Pero éste no es un problema de opinión. El verdadero problema es que el PP está absolutamente solo en el espacio político español y no tiene ninguna posibilidad de forjar alianzas estables con alguna otra fuerza. Por esto intenta definir este espacio político como un terreno en el que sólo hay dos adversarios reales: los que defienden la verdadera España, o sea el propio PP, y los que están en contra de ella, o sea, los nacionalismos radicales. Los demás, o están fuera de juego o vagabundean de un lado a otro sin ideas ni propuestas. Todo su mensaje se basa en esta supuesta bipolaridad y, por consiguiente, toda

su estrategia electoral se planteará y se desarrollará como un combate entre dos nacionalismos, el centralista y los periféricos, con un PSOE y otras fuerzas moderadas más o menos ninguneados en la ancha estepa de la confusión.

Este programa chocará, desde luego, con muchos escollos en sus propias filas. Uno de ellos es que en los últimos cuatro años el PP ha gobernado gracias al apoyo de algunos de los nacionalistas que dice querer combatir a fondo.

Otro es que estos mismos nacionalistas en Cataluña y las islas Canarias han gobernado, a su vez, gracias al apoyo del PP. Por esto asistiremos a una prolongada ceremonia de la confusión en la que, para hacer olvidar estos pactos espúreos, mientras dure la campaña electoral, unos y otros intensificarán el ruido dialéctico y se cubrirán de unos insultos más fuertes que los acostumbrados.

Pero ésta es sólo una parte del asunto. Desde su atalaya solitaria, y con este escenario rocambolesco de grandes tensiones patrióticas y de encontronazos violentos, el PP intenta, además, eliminar o difuminar la otra línea divi-

soria, la auténtica, la real y concreta, que es la divisoria entre la derecha y la izquierda. Ésta es la que se disputa de verdad, con una lógica diferente de la otra, la de los nacionalismos enfrentados.

En las elecciones de 1996, que ganó el PP casi por los pelos, hubo de hecho una mayoría de izquierda que no se materializó, entre otras cosas, porque era el momento absurdo de aquella "pinza" en que se metió la dirección de Izquierda Unida, con los resultados conocidos. Desde entonces, la izquierda ha aumentado sus posibilidades, tanto en el número de votos como en la gestación de acuerdos y alianzas, y el resultado está ahí: el PP ha perdido el gobierno de tres comunidades autónomas —Asturias, Aragón y Baleares—, ha perdido también el gobierno de un número importante de ayuntamientos y ha visto cómo subía la izquierda plural en las elecciones europeas.

Si el PP no tiene posibilidad alguna de forjar alianzas sólidas con otras fuerzas, la izquierda ha demostrado que es capaz de crear alianzas múltiples entre sectores muy diversos de izquierda o de centro, regionalistas o naciona-

listas. Y esto es lo que el PP teme por encima de todo. Cuando el propio presidente Aznar criticaba violentamente la reunión entre Joaquín Almunia, Narcís Serra y Pasqual Maragall sobre las posibles alianzas del PSC con Esquerra Republicana e Iniciativa por Catalunya, lo que de verdad hacía era expresar su angustia ante una estrategia de la izquierda que avanza, sin que el PP pueda frenarla más que con gritos patrióticos del pasado.

Esta izquierda es, ciertamente, muy plural, incluso contradictoria en tal o cual punto programático, pero es una izquierda que se enfrenta a una derecha y que frente a la reivindicación de una España dispuesta a levantar las banderas tradicionales y a combatir identidades plurales en nombre de una identidad única lo que intenta no es romper unidades, sino organizar de otra manera un Estado descentralizado y federal, que es lo que pretendía casi toda esta misma izquierda cuando se elaboró la Constitución.

Estamos, pues, ante dos líneas políticas. Entre ellas se mezclan, ciertamente, otras propuestas, como las de unas fuerzas nacionalistas que intentan mezclar las dos líneas en una sola y otras que, mediante la violencia, pretenden romper toda la baraja. Pero lo que de verdad está en juego en las próximas elecciones es si nos meteremos en una confrontación bipolar, como la que busca desesperadamente el PP, o si la izquierda, que pretende modernizar la estructura de nuestro Estado en un sentido federal y abierto al reto de la nueva Europa en construcción, derrotará o no a una derecha agarrada en su soledad.

Jordi Solé Tura es diputado por el PSC-PSOE.

¿Nacionalismo contra nacionalismo o izquierda contra derecha?

JORDI SOLÉ TURA

La izquierda anda inquieta, o si prefieren, indagadora. Me explico... Hasta hace no mucho, ser de izquierdas resultaba relativamente desahogado. Por lo común, equivalía a pensar estas dos cosas: uno, que las políticas socialdemócratas eran más eficientes y justas que las inspiradas en el juego libre del mercado. Dos, que el genotipo del capitalismo llevaba inscrita la fórmula de su propia destrucción, o si esto suena demasiado teatral, de su conversión a fórmulas mixtas y crecientemente sujetas a la intervención de los gobiernos democráticos. Así, sobre el papel y antes de entrar en detalles, resulta preciso admitir que ninguna de estas dos creencias era inverosímil. Si consultamos las curvas de crecimiento económico durante los cincuenta, sesenta y setenta, caemos inmediatamente en la cuenta del magnífico rendimiento que estaba dando Europa con relación a los Estados Unidos. Todavía a principios de los ochenta Mancur Olson publica un libro, *The Rise and Fall of Nations*, en que se intenta analizar este éxito histórico. Olson era un liberal clásico, y en ningún momento imputa el rezago americano y el correlativo éxito europeo a la superioridad de las economías intervenidas sobre las no intervenidas. Su interpretación va por otro lado: según Olson, la guerra había logrado romper la trabazón de los grupos de interés tradicionales en naciones como Francia y Alemania, imprimiendo a los sistemas respectivos un dinamismo mayor que el imperante en los EE UU. Pero, en fin, da igual. El caso es que Europa marchaba excelentemente bien, y que, pese a señales que a trasmano juzgamos inequívocas, aún no se había hecho desesperado el intento de considerar viable el experimento comunista. Rotos sin embargo

cedió Erik Hobsbawm a la revista *Der Spiegel* (27-12-1999):

Spiegel: La democracia liberal y la economía de mercado se han convertido indudablemente en referentes de validez universal.

Hobsbawm: Sería más apropiado para el capitalismo olvidarse del cadáver del comunismo soviético, y fijar más la atención en las propias carencias. La dificultad principal con la democracia y el mercado consiste, en mi opinión, en que los dos son incompatibles a largo plazo.

Spiegel: ¿Qué quiere usted decir?

Hobsbawm: La democracia se basa en el concepto de ciudadano; el mercado, en el de cliente. Pero únicamente como ciudadano asume el hombre responsabilidades colectivas, aunque sólo sea de tarde en tarde y con ocasión de actos simbólicos. Verbigracia, una votación.

Por supuesto Hobsbawm, un

ÁLVARO DELGADO-GAL

La utopía incesante

marxista afligido e ilustre, no representa a toda la izquierda. Sobre todo, no tengo por característica de la izquierda políticamente activa la recusación frontal que hace Hobsbawm del mercado. Lo importante, sin embargo, no es esto, sino el aire general del argumento. Éste se reduce, en esencia, a una exhortación voluntarista y moralizante a adoptar modelos de convivencia inspirados en la naturaleza social y participativa del hombre. Un estudioso que hubiera sido hibernado tres décadas atrás y cuya primera lectura, una vez recuperada la conciencia, fueran las líneas que acabo de transcribir, no pensaría estar asistiendo al testimonio de un marxista fetén sino al de un nostálgico del republicanismo en su acepción castiza: aquella según la cual el mejor modo de vida es la movilización permanente del ciudadano en pos del bien común. Recelo que, en lo último, Hobsbawm no camina en absoluto solo. Tengo

la sensación de que la consigna republicana es el arma más llamante que obra en manos de la izquierda intelectual, luego de los reveses padecidos en los últimos años. Es urgente, por tanto, preguntarse si esta arma tiene el filo cortante o constituye sólo un episodio pasajero dentro de una transformación de la izquierda más profunda y enderezada hacia estereotipos ahora difíciles de imaginar. Me inclino... a pensar lo segundo. Malicio, esto es, que lo del republicanismo no va a colar. Para el diagnóstico, acumulo tres razones:

1. Lo que imprime un carácter "individualista" al mercado es el hecho de que una transacción económica integra un intercambio voluntario entre las dos partes contratantes. Estas dos partes acuerdan lo que fuere, y por ser el acuerdo voluntario, lo acuerdan unánimemente. Pero la unanimidad se detiene aquí: los protagonistas del contrato no se hallan

constreñidos, en principio, por la sanción del resto de la comunidad. Salvo en aquellos aspectos, por supuesto, que fija la ley.

En las acciones colectivas, por contra, el sujeto subordina su voluntad a lo que resulte de un procedimiento decisorio en que toman parte todos sus compañeros de grupo. Ello envuelve, por definición, costes importantes para el individuo suelto, o por expresarlo en términos más plásticos, para el individuo exento. Reparen, por ejemplo, en los impuestos sobre la renta. Un Parlamento que vota unos impuestos altos está restando a los ciudadanos más pudientes parte de su propiedad o del fruto de su trabajo. Ello es así aunque el Parlamento haya sido elegido por sufragio universal y conforme a reglas impecablemente democráticas. El liberal es extremadamente reticente, por lo común, a la expropiación parcial del individuo en nombre de la mayoría, y tiende a considerar legítimas sólo aquellas acciones colectivas que permiten prosperar a todos y cada uno de los ciudadanos. En consecuencia, propone que el Estado sea pequeño, entendiéndose, que se ocupe sólo de las pocas cuestiones en torno a las cuales el consenso es absoluto o casi absoluto. Éste es uno de los puntos, por cierto, sobre los que más ha insistido Hayek.

2. La respuesta socialista a la posición liberal es bifida. De un lado, se nos intenta convencer de que el individuo de carne y hueso, el que es como es y ocupa sus tardes en seguir la Liga o hacer bricolaje en casa, se verá tanto más mejorado cuanto más repose en la acción colectiva, encarnada por el Estado. En este plano, el diálogo entre liberales y socialistas debería ser perfectamente fluido. Ambos están hablando de lo mismo, y ambos disponen de una copiosa evidencia acumulada contra la que medir sus respectivas

MÁXIMO

